

Revelando Africamérica

Sheila S. Walker

Africamericanos contribuye de manera imprescindible al arte y al conocimiento, al retratar la presencia de afrodescendientes en toda América. Una presencia que ha sido invisible, negada, ignorada, desapercibida. Una presencia sin la cual es imposible entender a América. Revelando esta presencia ocultada, *Africamericanos* lleva al espectador a confrontar la desinformación con verdades evidentes.

Africamericanos abre nuevos caminos al reproducir una panoplia de imágenes de distintas realidades a partir de la perspectiva de quienes fotografían desde dentro y fuera de las comunidades afrodescendientes. Al hacerlo, busca reforzar estas identidades, mostrando sus imágenes en un contexto comparativo en América Latina y el Caribe, y propiciar que otros lleguen a conocerlas.

Africamericanos nos motiva a hacer preguntas sobre esta presencia: ¿Cómo contribuyeron los africanos a América? ¿Qué fue lo que ellos y sus descendientes crearon? ¿Qué pasa con ellos ahora?

Sin tener claro la presencia y las contribuciones de los africanos y sus descendientes desde el principio de la historia de la América de los últimos quinientos años, es imposible conocer América. Mucho de lo que se asume como fundacional es desmentido por los hechos históricos.

Generalmente se le considera a América una creación europea porque las naciones de esta región conquistaron a los indígenas y colonizaron el hemisferio. Sin embargo, los datos demográficos cuestionan esta suposición tan simplista.

Después de que los invasores europeos aniquilaron prácticamente a las poblaciones indígenas por medio de enfermedades epidémicas y maltrato brutal, las naciones europeas buscaron en África una fuerza laboral de reemplazo para desarrollar sus nuevas colonias. El armamento superior les permitió esclavizar entre doce y quince millones de personas —la gran mayoría procedente de la costa atlántica de África Occidental— desde el río Senegal en la frontera norte, en lo que hoy es Senegal, hasta la frontera sur, en lo que ahora es Angola.

Los esclavistas transportaban hacia América a sus propiedades humanas como mercancía que encadenaban en las bodegas de embarcaciones infernales. Para justificar la explotación implacable de africanos, los europeos desarrollaron teorías y filosofías para representarlos como menos que humanos, inherentemente inferiores.

Entre 1500 y 1800, durante el periodo en que se formaron las colonias europeas que se convirtieron en repúblicas americanas, seis y medio millones de personas cruzaron el océano Atlántico desde Europa y África. Sólo un millón provenía del continente europeo, y cinco y medio millones de África. Durante los primeros trescientos años de los quinientos que comprenden la historia de América, la población de este hemisferio era en su gran mayoría africana y afrodescendiente.

La idea de que América era una invención de Europa hace caso omiso de la mayor parte de quienes poblaron y construyeron las nuevas sociedades, como si la minoría representara un todo. *Africamericanos* abre un camino hacia la revelación de una verdad.

De los millones de africanos esclavizados en América, el 95% fue llevado a América Latina y el Caribe. Extendiéndose desde Argentina en el sur hasta México en el norte, la geografía de *Africamericanos* abarca toda esta región. Irónicamente, Latinoamérica es también la región donde los afrodescendientes y sus contribuciones han sido lo más negados, ocultados, invisibilizados.

Otra idea equivocada que complementa y refuerza la ficción de América como invención europea, basada en teorías de inferioridad africana, es la creencia de que los africanos fueron traídos sólo por ser trabajadores no calificados, pasando por alto o negando el conocimiento y las habilidades que estos inmigrantes involuntarios traían consigo desde África.

Contrario a lo que generalmente se asume, debido a que el desarrollo de las colonias en América requerían de cierta información y capacidades que los colonizadores no poseían, estos “reclutaron” africanos a la fuerza particularmente por sus conocimientos y destreza en áreas específicas como la metalurgia y la agricultura. Por tanto, la esclavitud en este continente debe verse en parte como una fuga de cerebros y transferencia de tecnología desde África hacia América.

Tomando en posesión el oro las poblaciones indígenas devastadas, los españoles y portugueses importaron africanos para extraerlo. Al inicio de la segunda mitad del siglo XV, los portugueses tenían un comercio de oro con africanos de la región a la que llamaron la Costa de las Minas, posteriormente colonia británica Costa de Oro, ahora

Ghana. Al esclavizar a sus ex socios comerciales, los portugueses los llamaron *negros minas* por su amplia experiencia en la metalurgia.

Durante la fiebre del oro en Brasil concentrada en el poblado de Ouro Preto en Mina Gerais, los propietarios de las minas decían que la presencia de los *negros minas* traía “una suerte casi mágica para encontrar oro”. ¿Suerte o pericia? En las regiones de minería del oro en Colombia y Ecuador, Mina es un apellido común entre los afrodescendientes, denotando con ello los orígenes de sus ancestros.

Por otro lado, los alimentos que conservan nombres africanos hacen referencia a los conocimientos gastronómicos y agrícolas traídos desde aquel continente. Las arvejas conocidas en Haití como *pwa congo* —arvejas del Congo— indican su lugar de origen en el Reino del Congo, que abarcaba el territorio de lo que hoy es Angola y los dos Congos. Llamadas *wandu* en la lengua kikongo, las arvejas son conocidas como *guandú* en Panamá y *guandul* en el Valle del Chota en Ecuador.

Uno puede comer mondongo —guiso de tripas— desde Argentina hasta México, al igual que en República Dominicana, en el Caribe. Conocido también con otros nombres, como *menudo* en México, *cau cau* en Perú y *guatita* en Ecuador, el término *mondongo* siempre se emplea. Como *wandu/guandu/guandul*, la palabra “mondongo” proviene de la familia de las lenguas bantúes de Angola y los Congos, y se refiere quizá al Reino de Ndongo.

El estatus inicial de esclavización de los africanos y afrodescendientes ha sido una excusa para omitir de las historias oficiales de las naciones americanas las contribuciones de estas poblaciones. Las historias nacionales, si las mencionan, se centran en ellas como “esclavos”. “Esclavo” es un término que los pensadores rigurosos conscientes de sus implicaciones ya no utilizan para referirse a los seres humanos, por considerarlo ofensivo y denigrante hacia los ancestros de las comunidades afrodescendientes.

Llamarles “esclavos” a los seres humanos señala que los esfuerzos de los esclavistas por privar a sus víctimas de su humanidad tuvieron éxito. Los sistemas de esclavitud han existido en todo el mundo a lo largo de la historia de la humanidad. Pero en el contexto de racialización del continente americano y el Caribe, más que dejar en claro que ser esclavizado se trataba de una condición, el término “esclavo” implica que la condición representaba la esencia, la totalidad de los seres humanos. Sugiere que los africanos y sus descendientes fueron intrínsecamente “esclavos”, en lugar de personas libres en África a quienes su captoreo muchas veces esclavizaron debido a sus conocimientos.

Los africanos esclavizados y sus descendientes mostraron su humanidad al crear nuevas manifestaciones culturales que continúan enriqueciendo a América. Al retratar la creatividad afrodescendiente, *Africamericanos* cuestiona los antedichos puntos de vista

Al poner los pies en suelo americano después de un viaje terriblemente traumatizante, los africanos comenzaron a reconstruir sus vidas, creando vidas nuevas, usando recuerdos de África para imaginar nuevas culturas dentro del ambiente opresivo de una tierra desconocida. La gente del Reino del Congo en África Central, que comprendía la mayor parte de los africanos esclavizados en América, reprodujeron sus tradiciones reales sobre todo en Brasil y Panamá. Una reina Congo baila en uno de los murales introductorios de *Africamericanos*.

La tradición de las máscaras africanas resurge en un disfraz occidental a menudo en forma de demonios cristianos, como en las imágenes de México realizadas por Koral Carballo y Hugo Arellanes, y de Venezuela por Nelson Garrido. La iglesia católica representaba la espiritualidad africana como diabólica y asignaba el papel del diablo a los africanos y sus descendientes en las celebraciones cristianas. Los africanos se aprovecharon de esta oportunidad para conservar su actitud detrás de las máscaras, al tiempo que imponían sus propios significados e interpretaciones.

Los sistemas espirituales de origen africano fueron fundamentales para la sobrevivencia de los afrodescendientes que vencieron los esfuerzos de los colonizadores por eliminarlos. La espiritualidad Yoruba de Nigeria y Benín en África Occidental fue reconstituida y reconfigurada en Brasil, Cuba y Haití, tal como se representa en *Africamericanos* a través de las imágenes de importantes colecciones históricas brasileñas como las de Pierre Verger y José Medeiros, y las imágenes enigmáticas haitianas de Bruno Morais y Cristina de Middel.

De acuerdo a la Organización de los Estados Americanos (OEA), actualmente existen más de doscientos millones de afrodescendientes en América, de los cuales 150 millones se encuentran en Latinoamérica y el Caribe. De esta cifra, más de cien millones son afrobrasileños. Basado en el censo de 2010, el gobierno de Brasil reconoce que el 54 por ciento de la población es afrobrasileña. Éste es el país con la mayor población de origen africano en América y la segunda más grande del mundo, después de Nigeria en África Occidental.

La OEA también señala que estos doscientos millones de afrodescendientes constituyen un tercio de la población actual del continente americano y del Caribe. Una causa importante en el descenso de la proporción relativa de los descendientes de africanos, es

que hacia fines del siglo XIX, algunos países —el más conocido de ellos es Argentina por hacer alarde de su identidad europea— invitaron y recompensaron a los inmigrantes europeos por haber llegado a “blanquear” a sus poblaciones, como una forma de corresponderles por su imagen de nación moderna.

Todos los países en América tienen poblaciones afrodescendientes y la gran mayoría cuenta con algunas o muchas comunidades establecidas en regiones culturalmente diversas, que se distinguen por sus orígenes distintos, experiencias históricas y circunstancias actuales. En *Africamericanos* un buen ejemplo de ello son los tres grupos disímiles en México localizados en las costas del Caribe y del Pacífico, y cerca de la frontera norte con Texas.

Las cartografías conceptuales africanas continúan trascendiendo los límites coloniales europeos que se convirtieron en fronteras de los países americanos, trazando las afinidades ancestrales africanas a través de comunidades diversas. En *Africamericanos*, la tradición de la máscara en México y Venezuela, y la espiritualidad Yoruba en Brasil, Cuba y Haití son ejemplo de ello.

Las expresiones culturales de origen africano representan no sólo a las comunidades afrodescendientes, sino a las identidades nacionales. Cuba es conocida por la rumba, Brasil por la samba, Uruguay por el candombe. Irónicamente, el tango, el baile por el que el mundo conoce a Argentina, el país que niega con la mayor vehemencia su herencia africana, como afirma el fotógrafo Nicolás Janowski, es un término de la familia lingüística bantú de África Central. Aunque su nombre original sobrevive, la africanidad del baile sucumbió a la política de blanqueamiento.

Los africanos contribuyeron a América con el mayor número de seres humanos que conformarán la fundación demográfica de la población, así como con los conocimientos y las habilidades que permitieron a los nuevos habitantes sobrevivir y desarrollar las sociedades nacientes, y los fenómenos culturales ricos que distinguen tanto a las comunidades afrodescendientes como a las identidades nacionales.

Dado los orígenes comunes de las naciones multiétnicas de América con la esclavización de africanos y sus descendientes, no debería sorprendernos que los sistemas nacionales se caractericen por el racismo y la discriminación estructurales en contra de los afrodescendientes. Durante las tres últimas décadas, ellos se han unido para organizarse, aprender uno del otro y colaborar en proyectos que promuevan sus intereses colectivos. A medida que han aprendido más de ellos mismos —a través de sus propios esfuerzos, ya que los sistemas nacionales de educación no les han enseñado nada— han insistido

también en garantizar los derechos de una ciudadanía plena y en ser reconocidos formalmente por sus gobiernos, por sus contribuciones a sus países.

Gracias al persistente activismo cultural y político, los afrodescendientes desde Argentina hasta México han logrado obtener el reconocimiento oficial en las constituciones, fiestas nacionales que rinden tributo a sus héroes y heroínas, e incluso en los festejos que duran todo un mes para celebrar su herencia, creando nuevas plataformas para visibilizarse.

Conociéndose entre ellos, los afrodescendientes han encontrado semejanzas y también han sido influenciados por las diferencias. Al mejorar su conciencia creciente de formar parte de la diáspora africana, algunos de ellos en años recientes se han sentido atraídos por la espiritualidad Yoruba, que representa a uno de los fenómenos africanos más intensos en el continente americano. Ha inspirado a muchos afrodescendientes a integrar sus poderosos símbolos en sus cosmovisiones.

Tal es el caso de Baltazar Castellanos en México, y Gustavo Esquina y Manuel Golden en Panamá, creadores de los murales que introducen la exposición. Aunque ni México ni Panamá tienen una presencia Yoruba significativa, los artistas incluyeron en estos imágenes del panteón Yoruba, donde manifestaban su interés por fuentes de significados que provienen de realidades diaspóricas más allá de la suya propia.

Estos murales que introducen e invitan a los visitantes a adentrarse en *Africamericanos* mezclan la espiritualidad Yoruba de África Occidental con la realeza Congo de África Central, en una colaboración en apariencia caprichosa, pero conceptualmente profunda, entre imaginaros afropacíficos y afrocaribeños en una fusión transamericana. Recrean también encuentros ancestrales centenarios en sinergias diaspóricas del siglo XXI.

Durante más de tres siglos los africanos que habían sido arrancados de distintos grupos étnicos, familias lingüísticas y sistemas filosóficos, espirituales y políticos se encontraron en toda América. A pesar de la situación terriblemente opresiva de esclavitud, estos africanos trascendieron su identidad étnica para mezclar elementos de su vida ancestral con el fin de crear nuevas síntesis que se convirtieron en las culturas afrodescendientes. Ahora los afrodescendientes están transgrediendo sus identidades nacionales limitantes para crear identidades diaspóricas más expansivas.

Africamericanos documenta y arroja una luz en un momento propicio a esta coyuntura redefinitoria de encuentros contemporáneos en la que los afrodescendientes se visibilizan, y al hacerlo, contribuyen para revelar al mundo una visión más completa y compleja de Africamérica.

